

LA GUINEA ESPAÑOLA



AÑO LIII

25 DE SEPTIEMBRE DE 1956

Núm. 1466

ALMACENES DUMBO

de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
• Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Últimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os}. 2 y 4

SANTA ISABEL (Fernando Poo)

TRANSPORTES GENERALES

TALLER DE REPARACION

TALLER DE RECAUCHUTADO

TALLER DE CARROCERIA

EXPLOTACION LINEAS

LOTONOS - SAN CARLOS

BATETE - MOKA - BASUALA

CONCEPCIÓN

FACTORIAS DE

Repuestos - Accesorios - Cubiertas - Cámaras

RADIADORES - BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FAROS

AUTOMOVILES - CAMIONES



Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO PCO

de Fernando Poo, S. L.

Visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

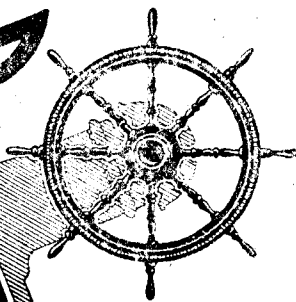
ATLANTIS

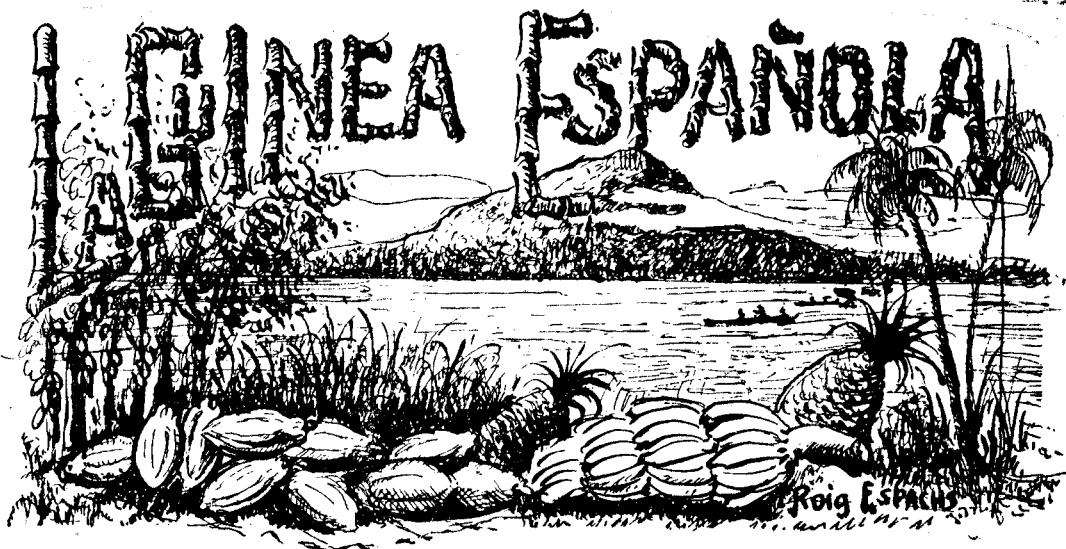


*Los
tabacos*

*Son...
¡¡ Magníficos !!*

JUNBO





REVISTA QUINCENAL PUBLICADA POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZON DE MARIA

Año LII

Santa Isabel, 25 de Septbre. de 1956

Núm. 1466

Sumario

A Don Marcelino Menéndez y Pelayo Pág. 317

Pedro Ramos (Franciscano)

Don Marcelino Menéndez y Pelayo Pág. 318

Anastasio Bedate C. M. F.

Don Marcelino Citara de España en Cautiverio Pág. 321

Manuel M. Pérez C. M. F.

La archicofradía del C. María en los Heterodoxos Pág. 326

Don Marcelino Menéndez y Pelayo según el Exmo. P. Zacarías. Pág. 327

Noticiario Colonial Pág. 328

El otro gol Pág. 330

Cirilo Hernández C. M. F.

A Don Marcelino Menéndez y Pelayo

Ocellas fuentes te mostró la Historia,
hallaste en los archivos tu elemento,
lú fuiste de las letras ornamento
y del hispano genio inmortal gloria.

Conseguiste victoria tras victoria
en la marcha triunfal de tu talento;
al muerto clasicismo diste aliento
y el grano separaste de la escoria.

Con el brillo fugaz de plata y oro
premiar quisieron tu saber profundo
los hombres que por sabio te aclamaron;
de tu ciencia y virtud el gran tesoro
no pudo valuarse en este mundo
y para sí los cielos te compraron.

FRAY PEDRO RAMOS PUMAREGA,
Franciscano.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1956)

*La gran gloria nacional, Menéndez y Pelayo, fué víctima de la **conjuración del silencio**, según frase feliz de la insigne escritora Dña Blanca de los Ríos, y que también hizo suya la ilustre Pardo Bazán, por parte de un gran número de los que se decían intelectuales, en su mayoría o totalidad de la llamada generación del 98.*

Hoy al celebrarse el centenario de su nacimiento, se ha querido exaltar cual se merece la egregia figura de ese polígrafo inmenso, que archivó en las páginas de sus 62 volúmenes hasta ahora editados ricos tesoros de erudición y cultura mundial y sobre todo hispánica.

Toda la prensa española le ha dedicado variados y valiosos artículos, y hasta los Obispos le han escrito pastorales en sus Boletines, mereciendo citarse estos párrafos de la del Arzobispo de Burgos, Excmo. Sr. D. Luciano Pérez Platero.

«Su fe católica brilla en todas las páginas de sus libros inmortales espontáneamente, si: ostentación y petulancia y esparciendo aroma tal de sobrenaturalismo cristiano que la edificación del lector resulta inseparable de su lectura; fe tan cálida, tan honda, tan sincera y atrayente que en vida no mereció jamás las burlas de nadie y en muerte ha logrado el aplauso de todos. Célebre, no menos que su brindis trascendental en el centenario de Calderón de la Barca, es aquella confesión suya tan terminante, tan espléndida, tan preciosa, de sus incontrastables convicciones: «Soy católico no nuevo ni viejo, sino católico a marchamartillo, como mis padres y abuelos como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad, ni a la heterodoxia, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso.» Cuando su frente, trono del pensamiento, iba ya a rendirse a la muerte su hermano D. Enrique cogió conmovido un crucifijo y lo aplicó a los labios del gran sabio. Eran dos agonizantes que se miraban y se abrazaban: el agonizante que estaba en la cruz y la ciencia, personificada en Menéndez y Pelayo, que agonizaba también. ¿Surgirá entre sus discípulos un coloso que recoja la herencia y llene sin fisuras el vacío dejado por el genio universal del polígrafo santanderiano? Cuando murió Alejandro el Grande sus capi-

tanés se dividieron el imperio, y algunos se mostraron dignos de llevar el cetro; pero no hubo otro Alejandro; ni el imperio se reconstituyó jamás.»

Las Editoriales, como la Biblioteca de Autores Cristianos ha publicado en dos volúmenes, papel biblia tostado, la obra completa *Historia de los Heterodoxos Españoles* y promete, para breve plazo, una antología de lo mejor de de sus obras.

Su biógrafo y especialista Excmo. Sr. D. Rafael García y García de Castro, Arzobispo de Granada, ha regalado al público hispano **Criterios de Menéndez y Pelayo**, obra casi de bolsillo, que en quince capítulos nos da a conocer la personalidad señera del Maestro.

Arbor, revista de alta cultura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas le consagra un número entero, julio agosto, en el que plumas especializadas y eminentes nos hablan ap «La ilustración católica de Don. Marcelino. Menéndez y Pelayo historiador de la literatura y criticoliterario; Menéndez y Pelayo y la filosofía española. Menéndez y Pelayo y los estudios Clásicos. La vindicación de la ciencia española por Menéndez y Pelayo. Menéndez y Pelayo historiador actual. Menéndez y Pelayo y la estética. Menéndez y Pelayo y la historia de la Iglesia española. Afanes de D. Marcelino. Cuándo Menéndez y Pelayo comenzó a ser «Don Marcelino»

La Antología de poetas hispanoamericanos. Menéndez y Pelayo y la hispanística italiana. Menéndez y Pelayo en el hispanismo francés. Proyección de Menéndez y Pelayo en Portugal. Bibliografía (1939 - 1955) de y sobre Menéndez y Pelayo.

No sólo las plumas y las prensas se han movido para revivir en estos días la memoria del sin igual polígrafo hispano, voces sabias han hablado a auditorios selectos. El gran rotativo madrileño, *Informaciones*, organizó en Madrid del 7 de febrero al 23 de marzo una serie de conferencias sobre el mismo que daremos, al menos en parte, a conocer en nuestra revista, y en Santander también organizó otras la **Biblioteca Menéndez y Pelayo** en el mes de julio y que se celebraron en aquel templo del saber, morada constante del genio santanderino.

El Ayuntamiento de Madrid, que le contó entre sus vecinos, quiere erigirle un monumento, pero *La Gaceta del Norte* de 26 de abril le insinúa, que habiendo en el vestibulo de la Biblioteca Nacional una bella estatua suya «muchas gentes de letras piensan, que el mejor monumento es editar por la imprenta municipal y a precios asequibles las obras completas del maestro»

Como se ve por lo expuesto, y sin duda será más lo realizado, España se ha puesto en pie para celebrar la memoria de su hijo ilustre que tantos días de gloria le dió y aún dará con sus obras inmortales. Mas todo esto ha quedado eclipsado, por el acto gigantesco, apoteósico celebrado en Santander el 26 de agosto con el traslado de sus venerables restos a la catedral, donde les han dado el definitivo reposo. Allí estaba el jefe del Estado Generalísimo Franco, encarnación de la España inmortal, que magistralmente nos dejara descrita Don Marcelino en el epílogo de los Heterodoxos. Allí el cardenal de Tarragona y más de 20 obispos, el Gobierno de la Nación, altas graduaciones militares de todos los cuerpos con sus vistosos uniformes, la

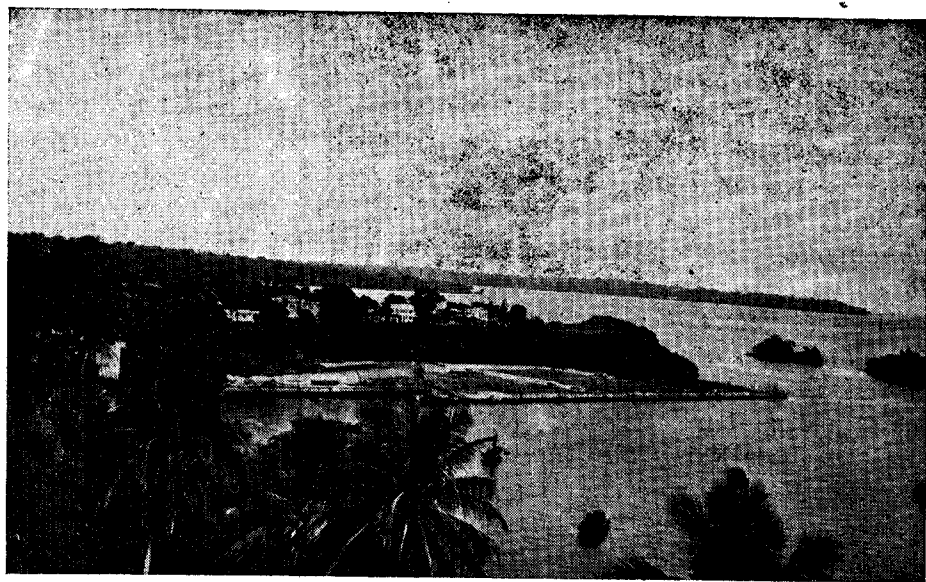
intelectualidad española con sus Academias y todo el pueblo con todas sus clases sociales.

Luego en la Universidad de la Magdalena se tuvo una solemne sesión académica en la que hablaron el Ministro de Educación Nacional, el Obispo de Málaga Dr. Herrera, el catedrático Pérez Embid y la personificación de la elocuencia española de nuestros días, Pemán, que cerró su maravilloso discurso con estas palabras, que serán el broche de oro de este artículo:

«Como última palabra de este centenario elevemos nuestra plegaria al Cielo; ya se murió por los textos de Menéndez y Pelayo: es hora de vivir según esos textos, sin recortes y sin adulteración.

Y elevemos nuestro saludo al Jefe del Estado: Ilustre fue vuestra espada cuando en los campos marroquíes tenía delante filas de novios de la muerte que os decían: «a la orden mi comandante»: porque vuestra espada era en aquella hora el hierro de los grandes capitanes. Más ilustre todavía cuando en aquella hora difícil de julio tenía delante promociones entusiasmadas de españoles que decían: «a sus órdenes mi general:» pero más ilustre que nunca ha sido esta mañana, cuando se rendía vuestra espada ante el sepulcro de un sencillo catedrático, de un profesor, de un escritor, y con humildad de la acción que rinde pleitesía al pensamiento, Vuestra Excelencia, acostumbrado a las sumisiones colectivas, era el que le decía: «a tus ordenes, maestro...» Esta mañana vuestra espada era un rayo de luz.»

Anastasio Bedate, C. M. F.



El nuevo muelle Capitán de Fragata Lerena.

Don Marcelino Cítara de España en Cautiverio

Desde que advertí la proximidad del centenario de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, tuve la idea y propósito de dedicarle un recuerdo desde las páginas de *La Guinea*. Pero no sé por qué, había diferido su cumplimiento y han sido las palabras de presentación del digno director de la Revista, las que me han movido a escribir estas líneas. Decía él muy acertadamente: La Revista queremos que sea patriótica, dando a conocer aquellas cosas de más interés y trascendencia de la Patria o que se vea su espíritu latir»

Creo no disentir de esta cosigna al tributar un recuerdo al insigne Maestro en quien latió, con resonancias de torrente, el espíritu de la Patria.

No quisiera ser fantaseador recordando las anécdotas, al parecer mitológicas del muchacho de 14 años que leía dos páginas a la vez, que sabía de memoria la Santa Biblia, el Quijote y cien obras más. Su obra, de fundamentos para creer esto y mucho más pero también es cierto que se presentaría muy lejano, y aquí buscamos un estímulo, un ejemplo, un modelo que imitar y sobre todo un maestro de quién aprender.

FRENTE A SU TIEMPO

El mayor acierto de Menéndez y Pelayo fué el haberse sabido enfrentar con la generación en que vivía para advertirla de sus errores y mos-

trarle el camino que había de seguir.

«Yo he tomado sobre mis flacos hombros la deslucida tarea de testamento de nuestra cultura... he escrito en medio de la contradicción y de la lucha, no de otro modo que los obreros de Jerusalén en tiempo de Nehemías levantando las paredes del templo con la espada en una mano y el martillo en la otra, defendiéndose de los comarcanos que sin cesar les embestían»

Y Dña. Emilia Pardo Bazán que por aquellas calendas aún lo se había pasado al crausismo, ante la campaña hostil emprendida contra la Historia de los Heterodoxos escribía: La prensa guarda silencio sobre los Heterodoxos por dos causas: la una por falta absoluta de competencia para juzgar una obra tan estupenda, y la otra por rabia mal reprimida contra el escritor católico y providencialista.

Le cupo en suerte nacer en una época cuando todo lo que sabía a España corría como moneda de bajo precio, ya se tratase de lo presente, ya de lo pasado, de los remansos históricos que daban el ser y la esencia a la Patria. Y por el contrario, lo extranjero se recibía batiendo palmas.

Frente a aquella inundación de exotismo, se yergue majestuoso y genial el joven montañés, cuando apenas frisaba en los 20 abriles. Guiado por el profesor de Santiago de Compostela, Sr. Laverde, que para él fué un exce-

lente amigo y casi un padre, se lanza con impetu arrollador, a la composición de los Heterodoxos Españoles. El plan era grandioso y audaz: Recopilar la historia y doctrina de todos los españoles que en XIX siglos de cristianismo, habían disentido de los dogmas católicos.

A primera vista y sin haber saboreado los tesoros de sabiduría que allí se encierran, con todas las grandezas patrias que en el libro se cantan, parecería un despropósito. Tratar de defender a España, y va a tratar de los que, como escribió el mismo en la fachada del libro: «Ex nobis prodierunt sed non erant ex nobis» Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros». Mas ante la realidad de la obra, se advierte lo acertado del propósito, porque frente a un tizón, aparecen cien espigas doradas. Más que a los herejes se propuso exaltar las grandezas patrias en el campo religioso, su pureza en la fe y su sabiduría en el legislar.

Si nace un Avito y un Prisciliano, allí surge un Mazona de Mérida, y un Toribio de Astorga, un Gregorio Bético y un Bacario campeones de los concilios de Zaragoza y I de Toledo, del cual dice el insigne Maestro:

Es tan importante como el III, aun que no haya logrado la misma fama, . Ató con vínculo insoluble las voluntades de esa potente raza, le dió unidad en el dogma, le aseguró el triunfo contra el arrianismo, y demás herejías posteriores... Constituyó a la Iglesia modelo de todas las occidentales en sabiduría y virtud ¡Veis ya como sale el amante apasionado de España el cristiano ferviente! A lo largo de toda su obra seguirá con el mismo brío y sano criterio. Cuando comienza a cantar las grandezas teológicas de los símbolos Toledanos, vuelca su al-

ma en la sabiduría profunda de aquellas incomparables y únicas profesiones de fe. Si se encuentra con los adopcionistas Migencio, Elipando de Toledo,... allí está una pléyade de obispos y teólogos, defendiendo la verdad y dando unas normas de conducta, que habían de dar forma a todas las legislaciones de occidente, cuando se recogiesen en la Hispania.

Las heregías de fuera, en sus infiltraciones en el suelo patrio, las ve como un estímulo para despertar la conciencia religiosa y hacerles frente con profundos tratados de apologética. Pasa toda la Edad media sin dejarse fascinar por los fuegos fatuos de una piedad huera y sentimental, dispuesta a ver el prodigio y el milagro en cualquier rincón, porque él ante todo es un historiador, y un crítico veraz y desapasionado.

En el siglo de Oro, al resplandor de las hogueras de los iluminados de Andalucía y Extremadura, principalmente, ve las prodigiosas figuras místicas que han dado su nombre a otras tantas escuelas, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola. Cuando viene el protestantismo, no le da la menor importancia dentro del ámbito de la Patria. Las efímeras manifestaciones de Sevilla y Valladolid, son una tenue nubecilla que desaparecen al soplo de la primera brisa. Pero sí le da importancia, y mucha, a la labor de los escritores españoles para refutar la nueva herejía.

«España evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra utilidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos, y de los vectones o de los reyes taifas» El lector podrá comprender después de la experiencia de la pasada república la profecía de estas últimas palabras.

En los siglos sucesivos va examinando minuciosamente todos los indicios de disidencia, todos ellos de procedencia extranjera. Para el apóstata Lorente, traidor a su Dios y a su patria, tiene palabras de conmiseración, dentro de la crítica dura de toda su obra demolidora. Nadie como Menéndez y Pelayo cumplió el axioma de Horacio: Perdonar a las personas, fustigar los vicios. Cuando llegó a la crítica de los errores de su época, lo hizo con tal delicadeza, al par que con tanto acierto, que los mismos adeptos a aquellas doctrinas, alabaron su proceder.

«Cuando nos ponemos a racionalistas, o a positivistas, lo hacemos pésimamente, sin originalidad alguna, como no sea en lo estrafalario y en lo grotesco.

No hay doctrina (falsa) que arraigue aquí, todas nacen y mueren entre cuatro paredes».

Con quien fué implacable ya desde sus primeros años de universidad fué con el krausismo, representado en España por Saez de los Rios. ¡y cuanto le hicieron sufrir en su carrera algunos de los profesores adeptos a la nueva herejía! Hablando de ellos es cuando hemos advertido alguna censura personal, y esto dentro de un ámbito familiar, como la que hace a D.^a Emilia Pardo Bazán al enterarse que se había pasado al krausismo: Es ya bastante fea, para que se vuelva más, al abrazar esa repugnante doctrina.

MIRADA UNIVERSAL.

Nota predominante de todos los Heterodoxos, es la competencia de su autor sobre todos los sistemas filosóficos y doctrinas teológicas. Nada se escapa a su conocimiento, y todo lo juzga exactamente.

Cuando solo contaba 22 años sostuvo una polémica interesantísima con un

insigne escolástico sobre la filosofía eclesiástica de la Edad Media. En ella se manifestó igualmente conocedor de una ciencia, que parecía estar fuera de su campo. Digo parecía, porque él con el ánimo de levantar a España, basado en su tradición, abarcó y estudió todos los ramos del saber humano, donde pudiera admirar las grandezas patrias, ya fuese en el campo teológico, jurídico o literario.

Su obra cumbre «Historia de las Ideas Estéticas Españolas», en su tiempo fué lo mejor que se había escrito sobre crítica literaria. La literatura española presentaba un campo amplio y fecundo al Polígrafo. «Quien se sentía profundamente Español, y lamentaba todo lo que fuese servilismo, no duda en hacer justicia a la obra de los escritores extranjeros, y así Francia, Alemania, e Inglaterra, aparecen en sus páginas en toda su grandeza histórica». Un criterio mucho más amplio y práctico que el de muchos compatriotas de entonces, encauzaba toda su obra. Aquellos parecían gloriarse, elevando lo extranjero, y aminorando lo propio, mientras Menéndez y Pelayo a la par de las grandezas patrias, ponía las extranjeras.

SU VIDA.

En su vida privada fué un perfecto caballero y ferviente cristiano.

«Soy católico. . . a machamartillo como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios. Profesó la doctrina católica, no sólo como la absoluta verdad religiosa, sino. . . como clave de las grandezas históricas de nuestra patria».

Bonilla y San Martín eminente discípulo de D. Marcelino escribía: Su catolicismo no era intolerante ni de sacristía, ni obstó para que alguien le declarase

impío sin duda porque quien esto hacia tenía menguado concepto de la piedad; y en otro artículo escribía que había conservado siempre, aun en medio de sus censuras una generosa amplitud de criterio, libre de todo exclusivismo de secta y aun de toda estrechez dogmática. No queremos multiplicar las citas, pero traigamos una del mismo Menéndez y Pelayo que prueba su acrisolada honradez: «No convengo en que mi libro sea de partido. Es de historia, pero escrito por un creyente que no disimula lo que cree, pero que teme no poco alterar la verdad a sabiendas.»

Para los amigos, y para todos, fue fiel, generoso y sacrificado, dispuesto siempre a satisfacer sus preguntas o a prologar sus obras, y a intervenir en reuniones científicas cuando se tratase de ensalzar las grandezas de la Religión y de la Patria. No era amigo del bullicio; si lo hubiese sido, no se tendrían esos 50 volúmenes de sus obras. Su norma de conducta nos la da en una frase lapida-

ria. Prefiero tratar con los muertos inmortales, antes que con los fantasmas vivos. Gustaba más del polvo, de los pergaminos, que de los perfumes de una generación enfatuada.

En ese afanoso bregar le sorprendió la muerte en lo más granado de su vida: sólo contaba al fallecer 57 años.

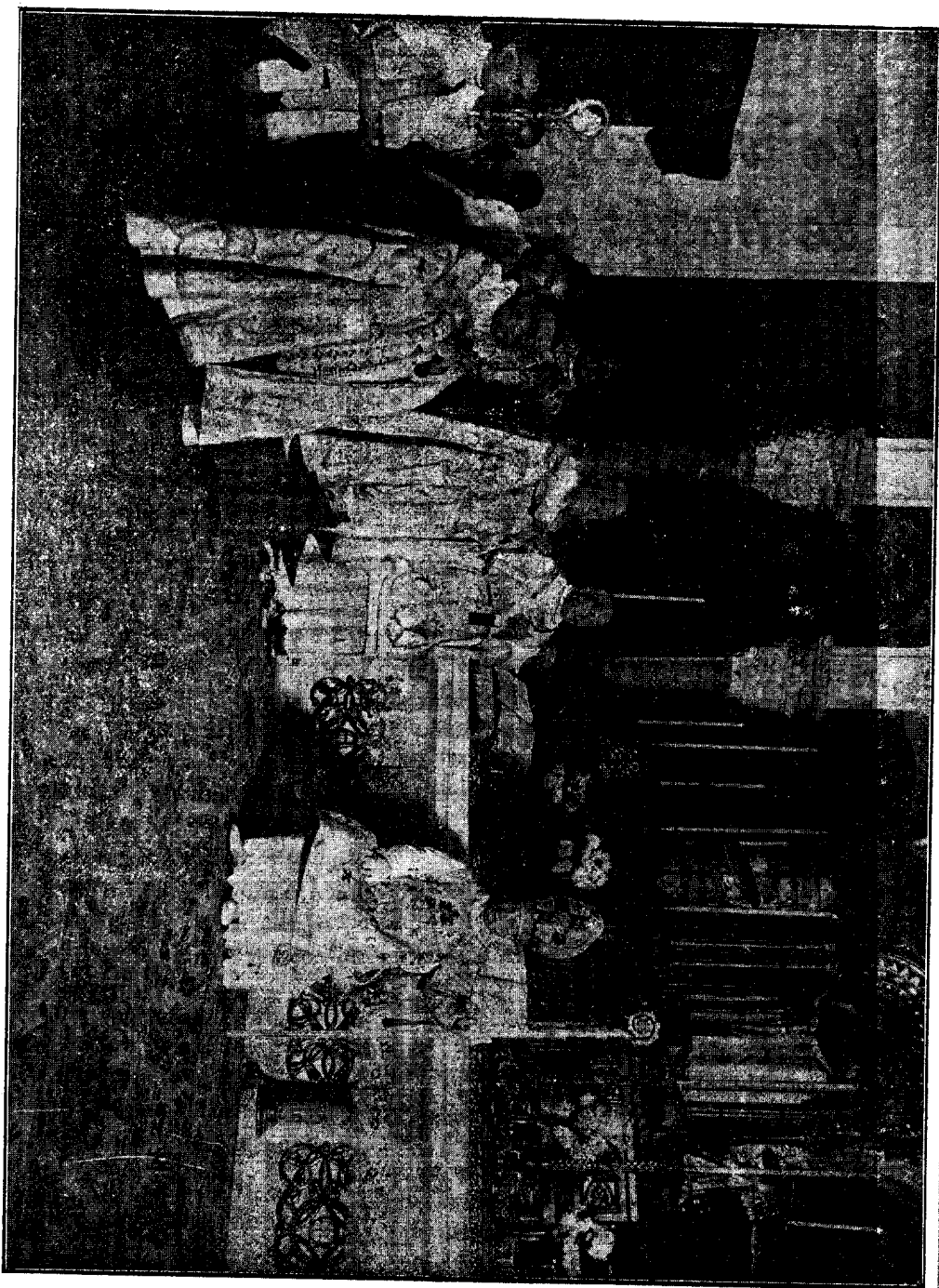
Al escribir estas líneas no hemos pretendido decir nada nuevo, ni singular, sino lo más vulgar, si lo vulgar se puede decir de un gigante- y ordinario, tampoco hemos querido ser cantores hueros, sino simplemente presentar como un modelo que imitar en su amor a la verdad religiosa y patriótica. ¡Cómo subiría la grandeza de la Patria, si en este año del centenario del nacimiento de Menéndez y Pelayo, imitásemos sus ejemplos y oyéramos su voz, que como dijo el italiano Arturo Farinelli: Era como la voz de un pueblo entero, y su corazón era el palpitante de millones.

Manuel M. Pérez C. M. F.



IGLESIA DE SÁCRIBA.

El 29 de septiembre el Excmo. P. Obispo bendecirá la nueva campana de 106 Kilos, regalo del Excmo. Sr. Gobernador General.



El 29 de septiembre de 1935 era consagrado obispo el Excmo. P. Leoncio Fernández Gaillea C. M. F. A su lado tiene a los tres obispos consagrantes Excmo. Dr. Iruñeta, el Excmo. Salvio Huix (mártires de nuestra Cruzada) y el Excmo. Sr. Comellas. Dominus coservet eum.

La archicofradia del Ido. Corazón de Maria en los Heterodoxos.

La pluma de Menéndez y Pelayo narra la eficacia de la archicofradía para la conversión de los pecadores en las siguientes líneas de la *Historia de los Heterodoxos* tomo II pg. 1.149 de la B. A. C.

A principios de 1878 amaneció en Leon, procedente del pueblo de La Seca, arzobispado de Valladolid, un estudiante teólogo de carrera abreviada que decían Ramón Bon Rodríguez, el cual durante más de diez años había divagado por las sectas protestantes, llegando a hacerse anabaptista y a ser bautizado por inmersión en el Manzanares. Abrió Bon una Capilla y una escuela, ignoro ya de que rito; pero el Ilustrísimo Prelado de aquella Diócesis, D. Saturnino Fernández de Castro, le hizo muy recia oposición, publicando contra sus errores una brillante pastoral y enfervorizando el sentimiento católico, siempre muy vivo en aquella ciudad, con una gran misión y con el establecimiento en sitio muy próximo a la capilla protestante, de la Archicofradía del Sagrado Corazón de María para la conversión de los pecadores. Los resultados de esta obra cristiana fueron tales, que la capilla quedó al poco tiempo desierta, y Bon abjuró solemnemente en noviembre de 1879 con se-

ñales de conversión sincera, que aun lo ha parecido más cuando se le ha visto poner de manifiesto, en dos opúsculos escritos no sin gracia y muy curiosos, como de quien vió las cosas por dentro, las rencillas, escándalos, divisiones, trabacuentas, pelamesas, y monipodio de los pastores protestantes.

En la nota pone. Recomendando la lectura de estos folletos, que aquí ya no me es posible extractar.

Mi convicción católica. Examen de los principios, doctrina y religión teórica y práctica de las sectas protestantes, que se conocen en España por Ramón Bon Rodríguez, expastor protestante. Cuaderno 1, Prólogo, introducción y división.) Leon, 1880, establecimiento tipográfico de Miñón 132 pags. 2.º Historia de las Sociedades Bíblicas de sus jefes y emisarios. Noticias de varias capillas protestantes en España de sus Pastores, misioneros y feligreses, escándalos, rencillas y doctrinas, vidas y milagros, por Ramón Bon Rodríguez, expastor Protestante (Madrid imp. de F. Maroto hijos, 1881).

Carta Pastoral que el Ilmo Señor Obispo de León dirige a sus diocesanos previniéndoles contra los errores del Protestantismo. (León 1879 imprenta de Miñón), 12 páginas, 4.º

Marcelino Menéndez y Pelayo, según el Exmo. P. Zacarías Martínez

¿Quién igualaba en el mundo a D. Marcelino Menéndez y Pelayo? Es necesario decir la verdad, toda la verdad, porque es fácil demostrarlo; D. Marcelino Menéndez y Pelayo, no sólo era la figura intelectual más gigante de España contemporánea; en la Historia de la Humanidad, desde Platón, Aristóteles y San Agustín a la época presente, en los estudios que D. Marcelino cultivó, no tiene rival en la Historia. Si en el vasto imperio de las inteligencias hay reyes, D. Marcelino ocupa un trono. Dios le envió al mundo, por una vez, para darnos idea remota de la grandeza intelectual de los ángeles. Porque — hablando en el lenguaje de la histología y fisiología, — ¡qué arquitectura cerebral tan excelsa era la suya! ¡De cuántos infinitos modos se relacionarían las neuronas en aquella potente cabeza de D. Marcelino Menéndez y Pelayo!

Fué grande en su poder de visión para leer en un mes lo que muchos hombres no son capaces de leer en toda su vida; grande en su memoria estupenda, inmenso almacén de noticias que no logran adquirir generaciones de inteligentes investigadores; grande en su poder de entendimiento

para unir estas noticias con eslabones de oro, para iluminar los puntos más oscuros y averiguar las relaciones más delicadas y el entronque misterioso de las ideas, y a través del polvo de los siglos sorprender en el momento de su inspiración generosa o del plagio consciente o inconsciente a los autores todos, críticos, filósofos, historiadores, poetas y dramaturgos, que no pudieron soñar con que un hombre fuera capaz, en el transcurso de los tiempos, de señalar las fuentes donde aprendieron lo que sabían; fué grande en la expresión de toda esas cosas, en su estilo de fuego, viril y castizo que no tiene rival en la lengua castellana; fué el gran restaurador de la ciencia española en frente de una raza de pedantes o degenerados; grande en sus obras inmortales que servirán de columna de fuego a los estudiosos en el «desierto» de la investigación, y de alimento y consuelo a todos los verdaderos hijos de España; grande en su vida modesta alejada del bullicio y el estrépido del mundo de la política, asesino de inteligencias elevadas, y consagrado exclusiva y santamente al estudio de los tesoros de la religión, la ciencia y el arte».

Noticiario Colonial

VUELTA DE LAGOS DEL GOBERNADOR. El 11, al mediodía, llegaba el Exmo. Sr. Gobernador General D. Faustino Ruiz González con su comitiva de su viaje a Lagos. Fué felicísimo. Las atenciones que les prodigaron en todas partes fueron las que correspondían a su dignidad. En Lagos visitó su Excia. el día 8 el nuevo poblado indígena de Surulere y el muelle en Apapa. A las doce visitó al obispo anglicano A. W. Howells almorzando con él.

Por la tarde en compañía del Comandante Administrativo de Lagos presenció un partido de balompié en el Estadio del Rey Jorge V. A las 7 hubo recepción oficial en el Gobierno de la Federación con asistencia de las primeras autoridades de Lagos y al final una cena de gala.

El 9, domingo, su Excia. oyó misa y comulgó en la catedral Católica desayunando a continuación con el Arzobispo Católico Monseñor L. H. Taylor.

El 10 visitaron la plantación Moor, enseñándosela el Director de Investigaciones Agronómicas, Mrs. I. H. Waterson y una estación auxiliar del Instituto de Investigaciones Agronómicas de cacao en el Africa Occidental.

A continuación fueron a la Universidad de Ibadan donde les atendió el Presidente accidental Mr. G. B. Allport. De allí pasaron al Hospital de la Universidad, saludándole el Teniente Gobernador del Hospital, Mr. Paker quien les enseñó el mismo.

El Gobernador accidental de Ibadan obsequió a su Excia. y séquito con un almuerzo en su Palacio. Regresaron a Lagos donde el Comandante Administrativo dió una recepción oficial en el Palacio del Gobierno y una cena íntima, terminada la cual proyectaron una película de la visita que hizo a Lagos su Majestad la Reina Isabel II.

El martes, 11 a las 10 de la mañana llegó su Excia. al aeropuerto de Ikeja siendo recibido por las primeras autoridades de Lagos. Revistó a un escuadrón del quinto Regimiento Nigeriano y despidióse del Gobernador General y Presidente de la Federación de Nigeria, Sir James Wilson Robertson y demás autoridades emprendiendo su regreso a Sta. Isabel, a donde le esperaban el Secretario General Ilmo. Sr. D. Francisco Núñez y demás autoridades.

MISSION DE AKONIBE. El 18 de julio puso nuestro Excmo. Prelado la primera piedra en la que será MISION PIO X de Akonibe. Asistieron el R. P. Leandro Fuente que tantas veces ha recorrido a pie aquella región, y el Rdo. D Salvador Ndongo que la evangeliza actualmente. Miles de cristianos asistieron a este solemne acto y a la misa que a continuación se celebró. El Excmo. P. Leoncio Fernández les habló en pamue, resaltando lo que ello significaba e importancia de aquel acto.

Será la primera Misión de Sacerdotes indígenas que irradiará su apostólico celo por aquella extensa demarcación. Los indígenas cooperaron con limosnas y prometieron su constante cooperación.

D. RAMÓN RIVERA (q. e. p. d.) El 30 de agosto fallecía en Barcelona a la edad de cincuenta y ocho años el antiguo colonial D. Ramón Rivera Bartrina, (q. e. p. d.)

Vino a la Colonia en Marzo de 1929 y fué por muchos años Gerente de la casa Antonio Pérez, más tarde Frapejo. Durante su gerencia la casa Frapejo, que sólo había si-

do isleña, pasó a ser también continental estableciéndose en Bata, Rio Benito y el interior. Tuvo una actuación sobresaliente no sólo en la casa, cuya Gerencia llevaba, sino en la Colonia, como Presidente de la Cámara Agrícola etc. Se han tenido funerales en Santa Isabel y en el Continente a los que han asistido los empleados de la casa Frapejo y amistades del finado. Damos el pésame a su esposa Dña Juanita, familiares y a la casa Frapejo.

CAREY FILMS. D. Herminio García ha sacado unos hermosos films en colores de diversos actos y paisajes coloniales. Los representó en la Misión Católica y fué muy alabado por lo acertado de su reportaje cinematográfico. Intenta hacer reproducciones para que los coloniales puedan tener sus ratos de esparcimiento en España, sintiéndose aquí, así como para dar conferencias coloniales. Le deseamos éxito.

D. JOSÉ MOLINA ARRABAL. Por decreto de 18 de julio de 1956 le ha sido concedida a D. José Molina Arrabal la Encomienda con Placa de la Orden de Africa. Merecidísima tiene tal distinción, no sólo por la gran labor que lleva al frente de su negocio en la Dirección General de Colonias, sino también por la meritisima, que realizara durante el tiempo que estuvo en esta Colonia de Registrador de la Propiedad. Su valor personal como ciudadano y Católico eran tales, que se hacía admirar y querer de todos los elementos coloniales: europeos e indígenas sea del matiz que fuesen. Debido a esa su personalidad y prestancia, cuando al advenimiento de la Republica se levantaron voces contra la Iglesia y la Misión, él, de Misa y comunión diaria que nunca dejara, hizo el siguiente escrito.

Bajo el epigrafe «Muy importante» publica el número de ayer del periódico local del administrador de Correos, Sr. Buelta, un radiograma de Madrid en que se incita a dicho señor y a sus compañeros de comité republicano que, suponiendo abusos e intromisiones en la actuación de los Misioneros españoles, pidan algo, que sería prácticamente la expulsión de éstos de la Colonia

Estos abusos e intromisiones son una falsedad que no debe prevalecer, ni es lícito esgrimir una significación política contra la honorabilidad y el buen nombre de personas que viven por completo alejadas de ese género de luchas.

A protestar de esa inculpación infundada y de esos intentos de lograr la expulsión de Misioneros españoles se encamina este escrito, confiando en que lo suscriban todas las personas desapasionadas y sensatas que, conscientes del celo y eficacia de los Misioneros en la difusión de la cultura, del amor a España, expansión de nuestro idioma, civilización del indígena y resurgimiento de nuestro prestigio nacional, no pueden considerar sin espanto y sonrojo el que pretenda sea castigada, con pena de despojo y de destierro, una abnegada labor que en todas las colonias extranjeras es recompensada por sus Gobiernos respectivos con preciadas distinciones y públicos testimonios de gratitud. Santa Isabel de Fernando Poo, 15 de mayo de 1931. Jose Molina Arrabal. Rubricado. Siguen más de trescientas firmas de todas clases, europeos e indígenas, hasta incluso todas la población HAUSA que remitió una carta escrita por su jefe Karimu Agoro.

Nuestro Instituto agradecido por este valiente y católico gesto le dió el Diploma de Bienhechor Insigne de nuestra Congregación firmado por el Rmo P. General. No hay pues que decir, cuán de corazón felicitamos D. José Molina Arrabal por honor tan merecido.

Afebe C. M. F.



El otro Gol

Acabo de leer, emocionado, en uno de los últimos números de «CATOLICISMO» el relato de la muerte gloriosa del P. Pardo, misionero español por tierras y aguas del Brasil. «El gol del P. Pardo» titula el autor el repotaje. Magnífico gol, en verdad. Tanto que el propio jugador se coló por la portería sin que el mismísimo San Pedro pudiera impedirlo.

Pero, al acabar la lectura, inevitablemente, se ha clavado en mi imaginación y en mi recuerdo otra escena parecida y que me toca más de cerca. No fué en el Purús del Brasil, fué en el Ijono de la Guineá continental española cuyas aguas tantas veces he atravesado. No fué tampoco hace unos meses; fué hace ya años. Pero con el héroe de la hazaña me encontré, impensadamente, el otro día.

—I—

Lo había intentado ya en otras de mis correrías misioneras. Pero la lluvia, esta lluvia casi genesiaca de la zona comprendida entre Egambegombe y Calatrava, me lo impidió siempre. Esta vez, sin embargo, fui más afortunado. Y una buena mañana, acompañado del viejo cotequista armado de machete para abrirnos paso a través de la maleza, me lancé tras la aventura.

Nuestros pies se deslizan en un principio por una ancha y magnífica carretera abierta por la «SOCOGUI», fuerte compañía forestal y agrícola dentro de la cual está enclavada la más lejana de las reducciones bajo mis cuidados.

Pronto torcemos a la izquierda. Ahora discurrimos por un ancho camino de finca escoltado a ambos lados por palmeras de aceite. Y llegamos, por fin, al término de la finca.

De improvisto, cambia la escena. Ya no son palmeras, geoméricamente alineadas, las que bordean el camino. Diríase que a-

cabado el reino de la simetría y el orden, ha comenzado el del desorden y el caos. Pero un caos magnífico y bello con esa estupenda y salvaje belleza de la selva.

Mi blanca sotana, recogida ya, se ciñe más apretadamente a la cintura para no ser víctima del intrincado ramaje. Y, andando dificultosamente unas veces, casi materialmente gateando otras, salvamos la pronunciada pendiente tras la cual se encuentra...

—Por aquí tiene que ser— comenta mi guía mientras sus ojos, inquisidores y desorientados, miran a través de la maleza.

—Pero aquí no hay más que bosque— le digo.

—¡Como hace tanto tiempo que no vengo! Además la maleza lo ha invadido todo.

—¿También la vieja Misión?.

—¡Aquí está, Padre! —interrumpe gozoso.

En efecto, estamos a unos metros de ella. Lo cerrado del bosque no nos había permitido localizarla hasta que estuvimos a dos pasos materialmente de la misma.

Y recorri, llenos los sentidos de curiosidad y el alma de emoción, aquellas estancias.

—Esto era el comedor de los Padres— me explica Roberto.

Pasamos dificultosamente a otra habitación mejor, a un rectángulo formado por cuatro paredes derruidas...

—Aquí estaba la sastrería— sigue explicándome el «cicerone».

—¿Y aquel hueco? — me adelanto a preguntarle.

—Era la puerta de la sacristía; detrás estaba la iglesia y un poco más allá el dormitorio de los colegiales.

—¿Cuántos internos erais entonces?.

—Unos ochenta.

Y empieza el buen Roberto a hablarme de sus años, ya lejanos, de colegial interno en esta famosa y desaparecida Misión de Cabo San Juan. Me habla, con ese deje len-

to y perezoso que han marcado en su lengua el color y los años, de mil cosas: de las vagonetas que por vía hábilmente trazada subían a la Misión las mercancías que botes y cayucos dejaban en la playa; de todos y cada uno de los Padres y Hermanos, ya desaparecidos, que formaban la Comunidad; de los trabajos que desarrollaban y expediciones que efectuaban, a pie o en frágiles embarcaciones, por el bosque y la playa; de..

Pero la voz de Roberto, que como viejo es menos frágil que yo, dejan de percibirla mis oídos. Me he separado de él y estoy ascendiendo por la vieja escalera que conduce al piso.

—¡Cuidado, Padre, que está muy mal—me grita el buen Roberto.

—No te preocupes— le respondo.

Pero lo cierto es que Roberto tiene razón. El peligro por una parte y la imposibilidad casi absoluta por otra, me hacen desistir.

Roberto ha llegado al pie de lo que fue escalera. Señalando con el dedo a unos tabiques y vigas que se están cayendo sin acabar de conseguirlo, me dice:

—Allí estaba el cuarto del P. Superior y a continuación el del P. Maestro y demás Padres y Hermanos...

Dejó a mi interlocutor plantado nuevamente y saltando sobre arbustos, montones de ladrillos deshechos y vigas carcomidas me dirijo a la parte opuesta. Estoy bajo unas arcadas de rojos ladrillos que el tiempo y la selva no han logrado absorber por completo. Salgo y, a unos metros, se alza un inmenso cilindro de cemento. Roberto, que ya ha logrado alcanzarme, dice:

—Este es el depósito que surtía de agua a toda la Misión.

Trepando por una rama que introduce sus hojas en el mismo depósito logro encaramarme hasta el borde. Está casi lleno de agua, de un agua verdosa y sucia que diríase está esperando los cuidados de unas manos que le den salida para servir, otra vez, a los mil menesteres domésticos de antaño.

Pero esas manos del abnegado y humilde H.^o Misionero —pienso con tristeza— se cerraron definitivamente a toda actividad.

Y sin querer curiosear ya lo poco que falta por ver, pues una honda melancolía me oprime el corazón, emprendemos el regreso.

Roberto ha debido adivinar mis pensa-

mientos y con ingenuidad infantil me dice.

—También el P. Provincial, cuando vino a visitar esto hace unos años, quedó muy triste. Al ver las ruinas, se echó a llorar.

Mi emoción no llega a tanto. Pero lo cierto es que abandono la vieja y antigua Misión de Cabo San Juan visiblemente emocionado. Y mi emoción, que es melancolía y añoranza por las cosas idas, aumenta todavía más cuando pienso que esta Misión derruida y abandonada, fue, en sus buenos tiempos, el cuartel general de un puñado de Misioneros españoles que desde estas alturas extendieron las dos alas de su celo y su patriotismo para hacer efectiva esa doble conquista que las generaciones posteriores no han reconocido aún en todo su valor.

Estos pensamientos invaden mi espíritu como invaden las sombras los valles, las laderas, los montes después de un día espléndido y glorioso. Sobre la vieja Misión de Cabo San Juan se han extendido las sombras de cosas fenecidas.

Pero el soldado —pienso para consolarme— no tiene morada fija. La estrategia militar exige el abandono y cambio de posiciones. Y los Misioneros somos guerreros del espíritu.

En vez de regresar por el camino que trajimos, lo hacemos por otro que conduce al cementerio.

Llegamos pronto. Se adivina, más que se ve, que aquello es un cementerio porque algunas cruces se yerguen en su minúsculo claro de bosque.

—Aquí está enterrado—me dice Roberto— el hijo del Sr. Barrón que murió estando su padre trabajando en la «Socogui».

—Y PP. Misioneros ¿no hay ninguno?

—Aquí hay uno— me responde señalando un sepulcro invadido por la maleza.

—Chapéalo bien— le ordeno.

Unos minutos de espera y la tumba de un Misionero —naúfrago en la selva— emerge ante mis ojos emocionados.

—¿Y qué Padre hay aquí enterrado? —pregunto.

—No recuerdo bien.

—A ver, trae el machete.

Urgo en el diminuto pedestal de la cruz y aparece una minúscula lápida de mármol. Raspo primero con el machete, limpio después con un puñado de hierbas y leo...

Leo unas frases sencillas, breves, escuetas.



La histórica Misión de Cabo San Juan, que ganó para Dios y para España a nuestros pamues del Continente y fué atalaya y defensora de nuestros legítimos derechos en la Guinea.

Una simple inscripción sepulcral que para muchos hubiera sido una de tantas.

Para mí no lo fué. Una oleada de intensa emoción me invadió el alma. Hube de sentarme al borde de una tumba cercana. Y para que Roberto no reparase en mi debilidad, le mandé clispear otro sepulcro.

Allí, lectores, impensadamente, me encontré con el autor de «El otro glo». Escuchad.

El P. Pedro Gállega descendió, acompañado de varios colegiales, de la Misión de Cabo San Juan para dirigir sus pasos a Egombegombe una de mis actuales reducciones misioneras. Esto sucedía el 4 de diciembre de 1924. Ya en la playa el Misionero y sus acompañantes—cargados estos con las cajas de bosque—caminan por espacio de cosa de una hora sin otra novedad que un sol intenso y un sudor no menos intenso. De pronto ven atravesado en su camino un obstáculo que solo en cayuco puede ser salvado. Se trata del río Ijono salvado el cual, después de una hora larga de camino, estarán los expedicionarios en Egombegombe.

El Padre ve, extrañado, que los muchachos se retardan más de la cuenta en disponer el cayuco. Como mañana es primer viernes

y las confesiones serán numerosas el Padre Gállega tiene prisa:

—Vamos, chicos; ¿qué esperais?

—Padre... —balbucea el mayor señalando con un gesto muy significativo las aguas del río.

La corriente, notablemente engrosada con la lluvia torrencial de la noche anterior, ruga amenazadora y feroz.

—¿Es que teneis miedo? Vamos, hombres, unos playeros como vosotros temer al Ijono...

—No, Padre, no es miedo es que...

¿Que? Decidlo de una vez.

—Es que hoy no se puede pasar el río.

—Pues hay que pasarlo como sea. Mañana es primer viernes y me esperan los cristianos de Egombegombe e inmediaciones. Sólo faltaba que por miedo a la corriente les hiciéramos perder los primeros viernes...

—Pero, hoy, Padre, la corriente es muy fuerte.

—No importa, llevaremos cuidado.

Misión de Rio Benito, 1956

Cirilo Hernández, C. M. F.

(Continuará)